

dequiera el campo esta caballería numerosa y acuchillando á los cosacos, debía preceder y flanquear á la vanguardia, y luego que Bertrand llegara á Freyburgo, y ocupara la ciudad y los puentes sobre el Unstrutt, debía correr á Kosen, quedándose Mortier en Freyburgo para proteger el paso de las tropas.

Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Bertrand llegó el 21 por la noche á Freyburgo con los diversos cuerpos que escoltaban su marcha. No había en esta ciudad más que algunas tropas ligeras enemigas, que fueron expulsadas de ella. Señoreóse de un puente de piedra sobre el Unstrutt, sólido aunque angosto. Se echó allí uno de madera durante la noche para facilitar el paso de la hueste, y mientras Mortier se entregaba á estos cuidados, trepando Bertrand las alturas hacia la izquierda fué á tomar posesión en Kosen, y llegó allí antes que el enemigo.

Resueltas á tiempo y ejecutadas con vigor tales medidas, produjeron el resultado que debía esperarse. Después de deslizarse por entre las llanuras de Lutzen, llegó el ejército el 21 por la noche á Weissenfels, donde cruzó el Saale, sin que le persiguieran más tropas que los corredores de los contrarios. Schwartzenberg y Bernadotte se habían quedado en Leipsick, ocupado el uno en rehacer su ejército, agotado por tres batallas, y el otro en pasar revistas. Sólo Giulay marchaba por el camino de Naunburgo y de Kosen. Del infatigable ejército de Silesia no más que el cuerpo de York podía seguirnos, y habiendo sido destruidos en Leipsick sobre el Pleisse y el Elster los medios de paso, vióse obligado el mismo Blücher á dar un rodeo y á descender mucho más abajo de Leipsick para cruzar estos dos ríos. Le teníamos á nuestra derecha, pero á la espalda, mientras á nuestra izquierda veíamos á Giulay obligado á forzar el desfiladero de Kosen para darnos alcance.

Cruzado el Saale el 21, fué el ejército á pernoctar á Freyburgo, donde estaban preparados los medios de pasar el Unstrutt, según acaba de verse. Libertados fueron por la caballería contraria los pocos miles de prisioneros que Napoleón quiso llevar consigo. Esta era una mortificación de amor propio más bien que una pérdida verdadera, pero que probaba por qué masas de tropas éramos perseguidos, pues se nos había hecho tal afrenta entre Bertrand, Mortier, Sebastiani y Lefebvre-Desnoettes. Esta caballería tenía pocos inconvenientes contra los cuerpos organizados, pero la desbandada que se vió comenzar en los cuerpos de Macdonald, de Oudinot y de Ney, por consecuencia de los reveses del Katzbach, de Gross-Beeren y de Dennewitz, se hizo muy general después de la espantosa batalla de Leipsick en toda la hueste. El primer pretexto para salir de las filas lo proporcionaban las heridas ligeras, que obligaban á marchar sin armas á la cola de las columnas; el segundo era el hambre, que autorizaba á correr de aquí para allá en busca de comestibles. Ya fuera de las filas no se tornaba á ellas. Con efecto, los hábitos militares eran harto recientes entre nuestros reclutas para que se pudiesen alejar impunemente de sus banderas. Una vez dejado el cuadro, el despecho, las penalidades, la afición al merodeo, la inclinación natural á ahorrarse nuevos peligros, impedían que cada cual volviese á su puesto. De los ciento á ciento diez mil hombres que aún tenía Napoleón bajo su mando, se contaban más

de veinte mil que, llevando unos vendas en los brazos, cojeando otros, fingiéndose los más heridos sin estarlo, ó fingiendo que habían perdido sus armas después de haberlas tirado, marchaban entre las columnas armadas ó á su cola, de noche se derramaban por las aldeas, ejercitando allí la rapiña, y sin prestar ningún servicio devoraban los recursos con que hubieran podido vivir los cuerpos organizados. Lo peor era el ejemplo, que amenazaba hacerse contagioso, y contra el cual se resentían de impotentes las represiones de la caballería. No había aflojado ni un momento el valor entre aquellos reclutas, pero con las costumbres militares muy poco arraigadas, no se supieron mantener contra una gran derrota, y casi olvidaron que eran soldados. La caballería, que por lo común persigue esta clase de vicio y lo refrena, padecía de lo propio, y entre la masa desbandada se veían muchos jinetes á pie y aun algunos montados. Sobre esta porción del ejército hicieron presa los corredores del enemigo. Dispersaban á estos merodeadores como á tímidas bandadas de pájaros, y cogíanlos en número considerable, lo cual proporcionaba á los coligados la ocasión de decir que hacían los prisioneros á millares. Cañones abandonados por falta de caballos y merodeadores capturados en las aldeas les suministraban trofeos imaginarios, mucho más perjudiciales para nosotros que gloriosos para ellos. Necesitóse toda la noche del 21 y el día 22 para hacer que desfilase esta masa de hombres armados y desarmados por los dos puentes de Freyburgo. Se logró, no obstante, por virtud de la enérgica resistencia que el mariscal Oudinot opuso junto á las márgenes del Unstrutt á los prusianos del cuerpo de York. Desde Leipsick había protegido este mariscal la retirada con dos divisiones de la joven guardia, mientras Mortier con las otras dos y Bertrand con el 4.º cuerpo tenían á cargo despejar el camino. Oudinot perdió algunos centenares en tan tenaz lucha, pero mató muchos más al cuerpo prusiano, y no abandonó aquel puesto hasta que el ejército hubo desfilado del todo. En esto el general Bertrand, llegado á Kosen en tiempo oportuno para tomar la delantera á Giulay, dióle un violento combate, con la espalda vuelta á Awerstædt y el frente hacia el Saale. Durante un día entero fué acometido por los austriacos, y repeliólos siempre con la bizarra división de Guilleminot, precipitándolos desde las cumbres de Kosen á las hondas gargantas del citado río. Cuando Bertrand supo que Oudinot había evacuado á Freyburgo y que habían desfilado sobre Erfurt todas nuestras columnas, abandonó su puesto, receloso de que el enemigo se le adelantara y le cortase del resto del ejército, yendo á pasar el Saale por Jena. En diversas aldeas entre Apolda, Butteltstet y Weimar, se acampó el 22 por la noche. A otro día todo el ejército fué á las cercanías de Erfurt, batiendo la caballería en rededor la campaña para protegerle contra los cosacos.

Apoyado Napoleón en la plaza de Erfurt, que contenía grandes recursos, quiso dar al ejército dos ó tres días de descanso. Tenía extrema necesidad de esto, ya para reponerle, ya para ordenar algo sus filas. En Erfurt existían muchos destacamentos procedentes de batallones y escuadrones en marcha, y había abundancia de vestuario, de zapatos y de municiones de boca y guerra. Se distribuyeron entre los diversos cuerpos los destaca-

mentos que se hallaban en Erfurt, y á quienes había impedido dirigirse al Elba la dificultad de las comunicaciones. Reducido el cuerpo de Augereau á la sola división de Semelé y á mil seiscientos infantes, en vez de ocho mil que contaba la víspera de la batalla de Leipsick, fué elevado á cuatro mil por este medio, y debió marchar con la división de Durutte, única reliquia del 7.º cuerpo. No ganaron los demás en proporción semejante, como que á lo sumo el depósito de Erfurt ascendería á nueve ó diez mil hombres. Se repartieron los vestuarios, los zapatos, los comestibles; reparáronse de nuevo los parques de artillería, y con el cebo de las distribuciones procuróse que los merodeadores empuñaran otra vez los fusiles. Bajo este aspecto no fué el éxito muy grande, á causa de que, protegido por la estación el vicio del merodeo, y también por el tiempo desapacible y por la edad de nuestros soldados, ya había cundido mucho.

Napoleón se aprovechó de estos dos días de holgura para escribir á París, y comunicar su situación á los miembros principales de su gobierno. Aun paliando sus reveses, y buscando causas imaginarias para explicarlos, no disimulaba las necesidades, y reclamaba, además de los doscientos ochenta mil hombres ya pedidos, nuevos alistamientos, si bien de hombres ya formados y sacados de las quintas atrasadas. «No puedo, decía, defender á Francia con niños... Nada iguala á la bravura de nuestra juventud, pero al primer suceso dudoso acredita el carácter de su edad.» Sin duda hablaba Napoleón con fundamento; pero hombres ya formados, que llevaran tan escaso tiempo en las filas, y á quienes por estremo se sujetara á pruebas de esta especie, no las soportaran mucho mejor de seguro, y sólo suministrarán menos enfermos á los hospitales.

Al modo que pedía *hombres y no niños* demandaba tributos, esto es, dinero, y no quería papel bien ó mal hipotecado sobre posesiones del Estado. Quinientos millones de francos exigía por medio de céntimos de guerra cargados á todas las contribuciones directas é indirectas. En el punto á que eran llegadas las cosas, nada mejor que lo que proponía.

A las impresiones dolorosas del momento se vino á añadir la partida de Murat. Aun censurando Napoleón la ligereza de su cuñado, admiraba su heroica bravura, su golpe de vista sobre el terreno, y además era sensible á la excelencia de su corazón. Sabía cuanto había pasado en el alma de Murat mejor que Murat mismo: sabía todos los conflictos de que había sido víctima el infortunado rey de Nápoles entre el deseo de conservar su corona y el de ser fiel á su protector. Para partir alegaba Murat la necesidad de defender la Italia amenazada, la esperanza de suministrar al príncipe Eugenio treinta mil napolitanos bien organizados, y por último la utilidad de proporcionar á los ejércitos francés é italiano, colocándose á su cabeza, un caudillo muy de otra manera experimentado que el príncipe Eugenio. Napoleón admitía todas estas razones como también admitía que, si continuaban los reveses, se pudiera efectuar que el rey de Nápoles cediera al general impulso, é imitara á aquellos príncipes alemanes aliados nuestros, que después de ser colmados por nosotros durante diez años de las riquezas de la Iglesia alemana, se suponían víctimas de la Francia. Pero Napoleón, á pesar de que aún se forjaba algu-

nas ilusiones, á pesar de las postreras mentiras de los que le llenaban de lisonjas, conocía en lo íntimo de su corazón que había abusado de las cosas y de los hombres. Sabiendo hacerse justicia, se la hacía también á los otros, y previendo la próxima defección de Murat, se la perdonaba, por decirlo así, de antemano. Al despedirle y al recibir sus protestas de fidelidad como sinceras hasta lo sumo, le abrazó muchas veces y con el corazón oprimido en cierto modo.

Efectivamente se le figuraba que ya no tornaría á ver á este antiguo compañero de armas de Italia y de Egipto. ¡Ah, si la prosperidad ciega, por el contrario la adversidad proporciona en determinados momentos una extraordinaria perspicacia, cual si la Providencia remuneradora rasgara todos los velos de lo porvenir para poner colmo al castigo! Napoleón despidióse, pues, de Murat como si supiera que no le vería ya nunca; y Murat partió con sentimiento del ejército entero, porque en esta campaña de otoño se había mostrado tan hábil como bizarro, y á pesar de las ligerezas de detalle en que incurría á menudo, había prestado inmortales servicios á nuestras armas.

Entretanto convenía levantar el campo, como que las tropas de los coligados avanzaban por todas partes, y además se anunciaba la presencia de un nuevo enemigo á nuestras espaldas, pronto á cerrarnos el camino de Francia. Este enemigo no era otro que el ejército bávaro, nuestro compañero durante muchos años, y ansioso de hacerse perdonar su larga alianza con nosotros, mediante una defección que se aproximara lo más posible á la de Bernadotte y á la de los sajones. Napoleón acababa de saber no solamente la defección de Baviera, que había conocido en globo al llegar á Leipsick, sino también la manera de ser fraguada. Véase lo acontecido en Munich durante esta segunda parte de la campaña de Sajonia.

Débil el monarca y muy adicto á Napoleón que le había colmado de bienes, apoyado por un ministro agudo y ambicioso, que había buscado su engrandecimiento personal y el de su país en la alianza de Francia, se hallaba contrariado en esta política por su esposa, princesa vana, tenaz, hermana de la emperatriz de Rusia y de la difunta reina de Suecia, participando de las pasiones de la difunta reina de Prusia, y teniendo también algo de su belleza. Igualmente se hallaba contrariado por su hijo, príncipe más amante de las artes que de la guerra, á quien Napoleón tuvo á su servicio y trató duramente. Dentro de palacio ponía en juego su oposición la reina. Retirado á Inspruck el hijo del monarca fomentaba personalmente el espíritu insurreccional de los tiroleses contra Baviera. Mientras Francia apareció victoriosa rióse el soberano de los humos aristocráticos de su esposa y de su hijo, dejándoles decir á uno y á otro, y tomando lo que Napoleón le daba al término de cada guerra, como bueno de tomar ante todo y también como bueno de presentar á los detractores de su política para cerrarles la boca.

Después de lo acontecido en Moscou, la duda suscitada sobre el poderío de Napoleón, el grito de las poblaciones, la noticia de las pérdidas sufridas por los bávaros, las sugerencias de Austria y el contagio del espíritu germánico quebrantaron al monarca, á quien las victorias de Lutzen y Bautzen reanimaron por un mo-

mento. Pero la vuelta á las hostilidades, el carácter cada vez más triste de los sucesos, las pérdidas recientes del cuerpo bávaro en la batalla de Dennewitz, comunicadas á Munich y allí exageradas, los esfuerzos de las tres cortes de Austria, de Prusia y de Rusia, pusieron más que nunca en cuestión la fidelidad de Baviera respecto de Francia. Sobre todo contribuyó á hacer esta situación crítica por extremo la llegada á Munich de un nuevo personaje. El general de Wrede, carácter bullicioso y sin consistencia, oficial bizarro, si bien de escaso juicio, lleno de excesivo amor propio, había tornado á su patria ofendido hasta lo sumo por los desdenes del mariscal Saint-Cyr, á cuyas órdenes había servido durante la campaña del Dwina. Trayendo á Munich todas sus desazones y poniéndolas imprudentemente de manifiesto, se había vuelto no obstante á aproximar á nosotros después de Lutzen y Bautzen á semejanza de su soberano, revelándonos personalmente el secreto de la defección medio consumada de la corte de Baviera, á fin de que Napoleón le volviera á admitir en su gracia. Conociendo Mr. de Argenteau la necesidad de captarnos su afecto, pidió que se le condecorara con el gran cordón de la Legión de Honor, vacante por la muerte del respetable general Des Roys, y Napoleón, que ya había dado al general de Wrede títulos y riquezas, no creyó que debía añadir la distinción pedida ahora. Nuevamente descontento el general de Wrede de resultas, quedóse en Baviera y adquirió de pronto una gran importancia obteniendo el mando del ejército bávaro situado sobre el Inn y enfrente del ejército austriaco del príncipe de Reuss. Si Augereau llegara á juntarse allí con unos veinte mil hombres, se le mantuviera sin duda, y Mr. de Argenteau insistió mucho á fin de que se tomara esta precaución como necesaria. Pero Napoleón tenía que ocupar á Augereau en otro punto, y no estando los bávaros apoyados ni contenidos, cedieron muy luego al sentimiento común á todos los alemanes. En lugar de hacer cara al príncipe de Reuss, entró el general de Wrede en parlamentos con este caudillo. A nombre de la coalición prometieron los austriacos al general de Wrede el mando de los dos ejércitos bávaro y austriaco reunidos sobre el Inn, y al monarca la conservación de sus Estados, salvo un equivalente así en población como en renta por lo tocante al Tirolo y á las márgenes del Inn, provincias que se proponían recuperar en la lucha ó las negociaciones. Comprendiendo el mismo Mr. de Mongelás que no se podía mantener en su puesto si no cambiaba de política sin demora, acogió las proposiciones de las potencias coligadas, con la esperanza de que, conservando su engrandecimiento la Baviera, también conservaría el de su persona. Sólo que habiendo cambiado, no como cambia la fuerza, que es lo que Mr. de Metternich puso por obra, sino como cambia la debilidad, adhirióse á la coalición sin avisárnoslo siquiera. Nos abandonó protestando de su fidelidad de continuo. Teniendo el rey en contra á su esposa, á su hijo, á su pueblo, á su ministro, al general de sus tropas, no era de carácter propio á resistir á tantos contradictores, y cuando llegaron á decirle que conservaría sus Estados, y sobre todo cuando le añadieron que si desechaba las propuestas tendría que abandonar su capital como en 1805 delante de un ejército austriaco, para irse á echar en los brazos de Napoleón no ya victorioso, sino ven-

cido, no anduvo en vacilaciones, y firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la coalición el 8 de octubre. Extraordinarias demostraciones de regocijo produjo esta noticia en toda Baviera, demostraciones que le confirmaron en la resolución tomada.

Nada era impulsado por causas más irresistibles que este cambio, pero al menos el decoro exigía que Baviera, á la cual habíamos dotado ricamente, al abandonarnos por su seguridad dejara por su honor á otros el cuidado de destruirnos.

No fué así de ningún modo; antes bien el gobierno bávaro por volver á entrar en la gracia de los soberanos coligados, y el general de Wrede por ganarse el bastón de mariscal, llevaron al ejército austro-bávaro del Inn al alto Danubio y del Danubio al Main á toda prisa. Este ejército, compuesto por mitad de austriacos y de bávaros y fuerte de sesenta mil hombres, marchó con celeridad tanta, que ya corría la voz de que estaba en Wurtzburgo, y pronto á cortar hacia los alrededores de Francfort el camino de Maguncia.

Ante esta noticia sonrióse Napoleón de desprecio, bien que conoció el error de su política respecto de Alemania, política que, en lugar de limitarle á dar algún apoyo á los Estados secundarios, se había extendido hasta el extremo de quererlos convertir en súbditos de Francia. Urgente le pareció, pues, dejar á Erfurt para tomar el camino de Maguncia. No le asustaba el ejército austro-bávaro ni por asomo; pero, teniendo detrás de sí á doscientos mil hombres, debía contar con extremada exactitud los días y las horas.

Después de permanecer en Erfurt tres días, salió para Eisenach con el fin de cruzar antes que los coligados los desfiladeros de la selva de Turingia. El general Sebastiani con el 2.º cuerpo de caballería, y el general Lefebvre Desnoettes con la caballería ligera de la guardia y el 5.º de caballería formaban la vanguardia y cubrían los flancos del ejército batiendo la campaña á derecha é izquierda. Con las reliquias de los cuerpos 2.º y 11.º les seguían Víctor y Macdonald, y detrás marchaban Marmont, que reunía los restos de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º bajo su mando, y Durutte y Semelé, que guiaban sus divisiones, únicas reliquias de los cuerpos 7.º y 16.º. Teniendo Napoleón bajo su mando la vieja guardia, el primer cuerpo de caballería y la gruesa caballería de la guardia, formaba el núcleo principal de la hueste. Oudinot y Mortier con las cuatro divisiones de la joven guardia, Bertrand con el 4.º cuerpo aumentado por la división de Guilleminot y el 4.º de caballería, componían la retaguardia. No subía el total de estas tropas á más de sesenta mil hombres con fusil al hombro, tanto se había propagado de Leipsick á Erfurt la desbandada. Además iban treinta ó cuarenta mil hombres sin armas, siempre entre los cuerpos organizados, molestándolos en la pelea y devorando sus víveres en el vivaque.

Tras de pasar en Leipsick dos ó tres días los ejércitos coligados, empleándose ora en ostentar el triunfo, ora en reponerse de tan dura lucha, fueron distribuidos de nuevo modo, y se encaminaron seguidamente á su ulterior destino. Enviado fué con su cuerpo de tropas el general Klenau sobre Dresde, á procurar la rendición de esta plaza y de las tropas francesas que había dentro. Ya destacado el general Tauenzien del ejército del Norte, tuvo á cargo porfiar en la rendición de Torgau

y Wittemberg; y despachóse al general Benningsen con el ejército llamado de Polonia sobre Magdeburgo y Hamburgo, á fin de bloquear estas plazas y de conquistarlas si era posible. Dirigido fué el ejército del Norte sobre Cassel, para llevar á remate la destrucción de la monarquía del rey Jerónimo, si no estaba ya consumada. En seguida debía revolver sobre Westfalia, Hannover y Holanda. Finalmente, Blücher y el príncipe de Schwartzberg se lanzaron á perseguir á Napoleón con unos ciento sesenta mil hombres, estrechándole de cerca á impulsos de la esperanza de cogerle entre dos fuegos, debiéndole atacar de Wrede por la cabeza mientras ellos le acometían por la cola. Elevado Blücher á la dignidad de mariscal por su soberano, y habiendo merecido las recompensas de la coalición más que otro alguno, fué encaminado sobre Eisenach para dirigirse desde este punto, no á Francfort sino á Wetzlar, con el objeto de impedir que, cortado Napoleón del camino de Maguncia, se lanzara al de Coblenza. Dividido en dos el ejército de Bohemia, debía marchar parte por Eisenach, Fulda y Francfort sobre Maguncia, y parte por Gotha, Smalkalden y Schwienfurt sobre Wurtzburgo.

Por un cálculo fácil de adivinar enviaba el príncipe de Schwartzberg sobre Francfort á los austriacos, al par que sobre Wurtzburgo á los prusianos y á los rusos. Aun cuando el emperador Francisco y su ministro hubiesen renunciado á la corona imperial germánica muy cuerdamente, bajo una forma cualquiera aspiraban á la supremacía en Alemania, y su presencia en Francfort, ciudad de la elección imperial, podía hacer que allí estallaran manifestaciones provechosas, de que se valdrían para recuperar algo de su dominación antigua ó para conseguir que resaltara su desinterés.

Hecha así la distribución de fuerzas, cada cual siguió al ejército de los franceses. Con efecto, Sebastiani y Lefebvre-Desnoettes hallaron en los alrededores de Eisenach á porción de cosacos y de corredores de todas clases, tanto á pie como á caballo, y los dispersaron á todos obligándolos á esconderse en la selva de Turingia. Sin gran dificultad desfiló por allí el ejército durante los días 26 y 27 de octubre: con todo, la retaguardia de Oudinot y de Mortier, compuesta de la joven guardia, vióse acometida por el impetuoso Blücher, á quien resistió briosamente. De una y otra parte se perdieron mil hombres, pero el enemigo cogió numerosos rezagados, que en sus boletines, mucho más inexactos que los nuestros, presentaba como prisioneros hechos en el campo de batalla.

Napoleón pernoctó el 26 en Vach, más allá de los desfiladeros de Turingia, el 27 en Hunfeld, y el 28 en Schluchtern. Una vez llegados á la vertiente de la selva de Turingia que da cara al Rhin, fuimos perseguidos con menos viveza porque Blücher torció á la derecha para encaminarse por Wetzlar al citado río, y porque los prusianos y los rusos tiraron á la izquierda para dirigirse á Wurtzburgo. Desde entonces no había de conseguirse detrás de nuestras huellas más que los austriacos, contenidos por Mortier, Oudinot y Bertrand vigorosamente. Sobre todo había que lidiar contra los cosacos y en general contra toda la caballería enemiga, que, cogiendo á los rezagados, nos causaba todo el daño que podía hacernos. Desgraciadamente este daño era enorme, pues la rapidez de las marchas y la dificul-

tad de las subsistencias hacían salir de las filas á los soldados á millares. Por ejemplo, la división de Semelé, que después de reorganizada en Erfurt contaba cerca de cuatro mil hombres, se hallaba reducida á mil ochocientos más allá de las montañas de Turingia. Tocadas las divisiones de la joven guardia de igual contagio, vinieron á parar cada una desde Leipsick de tres á dos mil hombres. Los enfermos y los heridos, que al principio formaban la población flotante y desarmada, habían muerto por los caminos de fatiga ó bajo la lanza de los cosacos. Reemplazados estaban por los hambrientos, por los disgustados del servicio, y por los malos, cuyo número crecía á vista de ojo. Afortunadamente el frío no era el de Rusia y se hallaba cerca Maguncia, porque los soldados de 1813, muy inferiores á los de 1812, no sostuvieran las mismas pruebas de seguro.

Desde el 27 de octubre se supo en Schluchtern la presencia del general de Wrede en Wurtzburgo, ocupado en cañonear esta plaza, que el general Thareau rehusaba rendirle. Sólo tenía que dar el general de Wrede un paso para cortar el camino de Hanau á Maguncia. Se hizo partir á cuantos rezagados y equipajes se pudieron juntar con una vanguardia, á fin de quitarse de encima lo más embarazoso. Ya algunas tropas ligeras del ejército bávaro habían llegado hasta Hanau, pequeña plaza medio fortificada en la confluencia del Kinzig y del Main, que domina con su cañón el camino real de Maguncia. Estas vanguardias bávaras no eran bastante fuertes para interceptar el camino, y además el general Preval, enviado por el duque de Valmy al encuentro del grande ejército, acababa de llegar á Francfort con cuatro ó cinco mil hombres. Éste había tomado posición entre Francfort y Hanau sobre el Nidda, á fin de que el enemigo no pudiera oponernos el obstáculo de este río é impedir que el grande ejército pasara. Merced á esta precaución, ya transpuesta Hanau, nuestros soldados desbandados encontraban una fuerza que los recogiera y los amparara hasta Maguncia.

Diversos destacamentos desfilaron el 27 y el 28 de octubre, obligando á refugiarse en Hanau á las tropas ligeras del enemigo, y salvando siempre á algunos miles de despeados, de enfermos ó de vagabundos. De quince á diez y ocho mil pasaron de este modo; pero el día 29 hallóse completamente cerrado el camino, porque, desesperando el general de Wrede de vencer la resistencia del general Thareau, dejó un simple destacamento para bloquear á Wurtzburgo, y trasladóse á Hanau con sesenta mil hombres, mitad bávaros y mitad austriacos. Llegado á este punto destacó una división sobre Francfort, y situóse con el grueso de sus fuerzas delante de Hanau, en la selva de Lamboy, que atraviesa la gran calzada.

Habiendo venido Napoleón el 29 á pernoctar en Langen-Sébold, supo que la cabeza del ejército estaba arrollada sobre su tropa, y que los austro-bávaros pretendían obstruirle el camino del Rhin en número de cincuenta á sesenta mil hombres. Indignado de tal imprudencia, si bien no importándole nada, pues estaba resuelto á hacer sentir el peso de su indignación al temerario que se le atravesara de por medio, determinó acelerar el paso el 30 de octubre para abrirse calle en persona con su vieja guardia. No contaba con sus fuerzas numéricas,

sino con el sentimiento de sus soldados, pues, aunque fueran diez mil tan sólo, atropellaran al adversario, que, después de ser por largo tiempo aliado suyo, se mostraba tan codicioso de su libertad y de su sangre. ¡Ah!, ya no quedaban sobre las armas sino cuarenta ó cincuenta mil hombres, tanto cundía la desorganización después de las postreras marchas, y de estos cuarenta ó cincuenta mil hombres no podía Napoleón juntar el día 30 más de la tercera parte bajo su mano. No tenía en la vanguardia más que á Sebastiani con los cuerpos 2.º y 5.º de caballería, á Lefebvre-Desnoettes con la caballería ligera de la guardia, lo cual sumaba cerca de cuatro mil caballos, á Macdonald y á Víctor con cinco mil hombres de infantería, á la vieja guardia, fuerte de cuatro mil granaderos y cazadores, á la gruesa caballería de la guardia conservando de dos á tres mil jinetes montados, y por último, á la reserva de artillería de Drouot, en totalidad de diez y seis á diez y siete mil hombres. Marmont, con los restos de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º, Semelé y Durutte con sus divisiones, Mortier y Oudinot con la joven guardia, Bertrand con el 4.º cuerpo se hallaban detrás, y éstos á dos jornadas. Sin embargo, Napoleón no vaciló en caer sobre el ejército bávaro para que se arrepintiera de su temeraria conducta. Importaba forzar el paso, para no consentir que se engrosara y fortaleciera el obstáculo que se alzaba delante de nosotros.

Partióse de Langen-Sébold y se marchó en dirección de Hanau el día 30 de octubre por la mañana.

A alguna distancia se encontró la división de vanguardia del general de Wrede, y la división de Lamotte, apostada en Ruckingen. De pronto fué acometida y arrollada sin grande esfuerzo. Se le siguió vivamente, y encontróse al ejército austro-bávaro delante de la selva de Lamboy, por donde pasa el camino real de Maguncia. Véase cuáles fueron las disposiciones adoptadas por el general de Wrede.

Extendióse la selva de Lamboy de izquierda á derecha, desde el Kinzig hasta las montañas del país de Darmstadt. Más allá de la selva aparecía despejado el terreno, si bien se encontraba el obstáculo del Kinzig, riachuelo que va á desaguar en el Main y que envuelve antes á Hanau. Después de cruzar el camino la espesura de la selva, desembocaba en un llano, tocaba en Kinzig cerca del punto donde este río se junta al Main, pasaba en seguida á la derecha bajo el cañón de Hanau, y por último continuaba hasta Francfort y Maguncia entre el Main y las montañas. Delante y sobre el linde de la selva había situado el general de Wrede sesenta bocas de fuego, bien servidas y bien apoyadas, había llenado lo interior de la selva de una muchedumbre de tiradores, y alineado su ejército en la llanura del otro lado, con la espalda al Kinzig, la derecha en el puente de Lamboy sobre el mismo río, y la izquierda delante de Hanau. Se había cubierto por diez mil jinetes. De esta manera disponía de unos cincuenta y dos mil hombres, descontando los destacados sobre Francfort y los dejados enfrente de Wurtzburgo. Los corredores de Thielmann y de Lichtenstein se le habían incorporado.

Acudiendo Napoleón personalmente á la cabeza de su vanguardia, reconoció y juzgó las disposiciones del enemigo. No tenía á la mano más que la caballería de la vanguardia, y los cinco mil infantes de Macdonald y de Víctor. Le seguía la vieja guardia.

A la derecha y á las órdenes del general Charpentier hizo que se alineara la infantería de Macdonald, y á la izquierda y á las órdenes del general Dubretón la de Víctor, y prescribió á uno y á otro que desparramaran tiradores por los bosques. Con toda su caballería se mantuvo sobre el camino real y en presencia de la artillería bávara, hasta que se le incorporó la artillería de la guardia. Apenas dada la señal, nuestros diestros tiradores lanzados á la selva, con la audacia y la inteligencia que les distinguían, penetraron en su espesura. Rompiendo un multiplicado tiroteo de fusilería en medio de los bosques, muy pronto los iluminó con mil fuegos. Nuestros tiradores ganaron sucesivamente terreno sobre el flanco de las tropas que sostenían la artillería contraria, y obligáronlas á desandar camino. Establecida convenientemente poco después una porción de nuestra artillería, cañoneó con viveza á la de los bávaros, ya privada del apoyo de su infantería, y la obligó á replegarse. De este modo se empujó á los bávaros á lo interior de la selva, y se cruzó detrás de ellos la mayor parte de la espesura, siempre disparando sobre sus flancos. Llegando entretanto la división de Curial perteneciente á la vieja guardia, Napoleón dirigió dos de sus batallones sobre la columna en retirada, y acabóla de lanzar de la selva al llano. Ya en el linde de los bosques, descubrió cincuenta mil hombres en batalla, con la espalda vuelta al Kinzig, apoyándose hacia un lado sobre el puente de Lamboy enfrente de nuestra izquierda, y hacia otro sobre la ciudad de Hanau enfrente de nuestra derecha. Delante se hallaba la excelente y numerosa caballería de los contrarios.

Para desembocar en la llanura, aguardó Napoleón á que llegaran la artillería, así como la infantería y la caballería de la vieja guardia. Cuando los bávaros, que habían servido honrosamente en nuestras filas, y estaban muy al cabo de lo que valía la guardia, la vieron aparecer en línea, se conmovieron hondamente, y sobre todo el general de Wrede, quien comprendió la falta que había cometido, situándose delante de tales tropas con un río á la espalda. Creyó que el grande ejército llegaría tan acosado por los coligados que su tarea se reduciría á coger prisioneros.

Al ver Napoleón aquellas disposiciones, dijo con ironía: «¡Pobre de Wrede, le pude hacer conde, pero no general!» Al punto alineó ochenta bocas de fuego de la guardia al linde del bosque, extendió á la izquierda los granaderos de la división de Friant y á la derecha la caballería de Sebastiani, de Lefebvre Desnoettes y de Nansouty.

Después de algunos instantes de un violento cañoneo, maniobró primero por su derecha, y lanzó toda su caballería sobre la del general de Wrede. Nuestros granaderos y nuestros cazadores de á caballo de la guardia ardían en impaciencia por hollar con sus pies á los infieles aliados, que les acababan de obstruir imprudentemente el camino de Francia. De un solo choque fueron repelidos los escuadrones bávaros sobre los escuadrones austriacos. Éstos cargaron á su turno, pero la exasperación de nuestra caballería había llegado á colmo, y derribó cuanto se le puso por delante, y arrolló sobre el Kinzig y sobre Hanau la izquierda del ejército austro-bávaro. Hacia el centro las olas de la caballería contraria, en las idas y venidas de tan repetidas cargas, se lle-

garon á lanzar un instante sobre las ochenta bocas de fuego de la guardia. Drouot hizo que se apretaran sus piezas unas contra otras, y colocando delante á sus artilleros con las carabinas, detuvo á los escuadrones enemigos, y al replegarse los acribilló de metralla. Ya estaba á salvo, cuando nuestra infantería acudió en su socorro.

Accorralado el general de Wrede sobre el Kinzig, no vió otro recurso que el de llevar su ejército hacia la derecha sobre el puente de Lamboy, para volver á pasar el río. Con el fin de proteger este movimiento y de lograr el espacio que le hacía falta, intentó un ataque sobre nuestra izquierda; pero cabalmente los granaderos de Friant se hallaban á esta parte, y aquellos valientes, cuyo denuedo se había encadenado á menudo, participaban de la exasperación de toda la hueste. Apoyados por la cabeza de las tropas de Marmont, que acababa de llegar entonces, se pusieron en movimiento y acometieron á los bávaros á la bayoneta, empujándolos sobre las tropas ocupadas en pasar el Kinzig, y matándoles setecientos ú ochocientos hombres á bayonetazos. Desordenadamente pasó de Wrede el Kinzig de nuevo, dejando de diez á once mil hombres muertos, heridos ó prisioneros en nuestras manos. A lo sumo costónos tres mil hombres este encuentro brillante, y la majestad del ejército francés quedó muy dignamente vengada.

Sin embargo, convenía no perder tiempo en contar nuestros trofeos, pues replegado de Wrede detrás del Kinzig con cuarenta mil hombres, podía descubrir el escaso número de nuestras tropas y desembocar de Hanau para interceptarnos el camino.

Orgullosa Napoleón, no por sí, más por sus soldados, de esta nueva batalla del Berezina, se puso en marcha el 31 de octubre con Sebastiani, Lefebvre-Desnoettes, Macdonald, Víctor y la vieja guardia, á fin de abrir nuevamente el camino de Maguncia, si estaba obstruido en alguna parte. A Marmont dejóle para que siguiera á lo largo del Kinzig, é impidiera que el enemigo desembocase de Hanau, cuyo cañón dominaba la calzada.

En la mañana del 31 de octubre dispuso el mariscal Marmont tomar á Hanau, que aterrorizado el enemigo había evacuado casi del todo, y partiendo á cosa del mediodía, confió la custodia de este puesto al general Bertrand la noche, siempre con la intención de enfrenar á los bávaros y de impedirles que cortaran el camino. Queriendo de Wrede tomar algún desquite el día 1.º de noviembre por la mañana, y lisonjeándose de no encontrar ya por delante más que alguna débil retaguardia, sobre la cual se resarciría de su derrota, probó á desembocar del Kinzig por el puente de Lamboy hacia nuestra izquierda, tratando de recuperar á Hanau hacia nuestra derecha. Delante del puente de Lamboy había situado Bertrand á la división de Morand, que podía cañonear á Hanau por encima del Kinzig, y delante de Hanau á la división italiana, parte en la ciudad y parte á lo largo de dicho río, con encargo de proteger la carretera.

Al despuntar el día asaltó de Wrede en Hanau á los italianos, les tomó una de las puertas, penetró en la ciudad, y arrollólos sobre el puente del Kinzig, hacia donde corrió para capturarlos y ocupar en seguida el camino. Pero, disparando Morand por encima del Kinzig sobre el flanco de la columna contraria, la cubrió de proyec-

tiles. Cobrando bríos los italianos volvieron á la carga, é hicieron que los bávaros se metieran dentro de Hanau. De Wrede recibió una herida en el abdomen, y tan grave que se le tuvo por muerto.

Entonces mismo hacia nuestra izquierda intentaron los austro-bávaros pasar el Kinzig por encima de los caballetes de Lamboy medio quemados. Guilleminot dejó pasar á cierto número de ellos, y acto continuo precipitólos en el Kinzig á la bayoneta. Libres al cabo nuestros cañones de correr por el camino de Maguncia, encontraron allí tantos cadáveres que, según el dicho de un testigo ocular ilustre, rodaban sobre un lodo de carne humana (1). ¡Fúnebre y terrible retorno del grande ejército de Francia!

El cuerpo del general Bertrand tomó el camino de Hanau el postrero. Enterado el general Mortier con la joven guardia de las dificultades que se encontraban por esta vía, dió un rodeo á la derecha, y llegó á Francfort sano y salvo.

En Maguncia acabó de entrar el 4 de noviembre el grande ejército tristemente triunfante. Sólo quedó fuera la caballería para recoger á nuestros rezagados más morosos. Cerca de cuarenta mil pasaron en el espacio de algunos días.

De este modo tornamos al Rhin, después de tantas victorias seguidas ahora de tantos reveses; al Rhin, que habíamos tenido esperanza fundada de volver á pasar tranquilamente después de una paz general y gloriosa. Así pudo ser en efecto, pero el indomable orgullo de Napoleón no permitió que se realizase tal esperanza.

A la sazón se encontraba Napoleón en Maguncia, pudiéndose convencer por sus propios ojos de toda la extensión de sus faltas. De tal manera había llegado á ser el Rhin propiedad nuestra, que lo de contentarnos con poseerle se considerara seis meses atrás como una gran prueba de moderación por nuestra parte, y ahora era dudoso lo de que pudiéramos defenderle. Tanto había pensado Napoleón en la conquista y tan poco en la defensa que el territorio del imperio casi se hallaba al descubierto del todo. Salvo en Italia, perteneciente asimismo á la conquista, nada se había hecho en las plazas de la frontera. Ya había empezado Napoleón á pensar sobre este punto, si bien en época en que ya no quedaba tiempo suficiente para que las órdenes expedidas se pusieran en planta. Hasta los grandes acopios promovidos por conducto de Mr. de Basano después de la batalla de Dennewitz, deliberados y resueltos entre los principales ministros de París, fueron anulados por Napoleón á causa de lo dispendiosos, y especialmente á causa de la alarma que temía esparcir á las márgenes del Rhin de resultas. Así á lo largo de esta frontera, que debiera haber sido objeto principal de nuestros cuidados, se hallaba todo en un estado deplorable. Se habían agotado municiones y armas de todas clases para Erfurt, Dresde, Torgau, Magdeburgo, Hamburgo, y vacíos estaban los arsenales franceses. Aún no estaban hechos los acopios de madera ordenados muchos días antes, y lo propio acontecía respecto de los acopios de sitio (2).

(1) Expresión del mariscal Gerard, á quien la oí de su propia boca. (N. del A.)

(2) Hablo á tenor de los partes de los generales destinados al Rhin con mando. (N. del A.)